

TERCER PREMIO

Once puñaladas

De Santiago Eximeno Hernampérez

—Once puñaladas —dice la niña.

El niño calla. Contempla el dibujo que ella le muestra: una casa de tejado a dos aguas en mitad de una calle desierta, las ventanas cegadas con tablones, la puerta clausurada. En el patio del colegio el resto de los niños corretea, grita, se agrupa en corrillos que cuchichean, que ríen. El niño lleva un cuaderno bajo el brazo, un estuche en la mano.

—Yo también dibujo —dice.

Ella lo mira, parpadea. Dos niñas beben agua en la fuente, se salpican, gritan. Un niño sale de los cuartos de baño del patio con un balón de fútbol entre las manos. Los profesores, ubicados estratégicamente en las zonas en sombra, contemplan el bullicio con los brazos cruzados.

—Siéntate conmigo y pintamos juntos —dice la niña.

—Vale.

Mientras el niño abre el estuche y elige las pinturas, ella deja vagar la mirada por el patio, por el rumor, por la multitud que le es ajena.

—Once puñaladas —repite, y traza una línea roja en la pared de la casa.

—¡Once puñaladas! Es lo primero que me dijo mi hijo cuando llegó a casa.

El profesor cruza los brazos, se echa hacia atrás en la silla.

—Verá, esto no es sencillo para ella —dice el profesor.

—¿Para ella? ¡Yo estoy hablando de mi hijo! Que tiene doce años, por el amor de Dios. No creo que esas mierdas sean las cosas que tenga que oír a su edad.

El profesor niega con la cabeza. Por la ventana abierta del despacho llegan voces ahogadas, susurros, el rumor de pasos.

—Lo entiendo, entiendo lo que me está diciendo, pero la niña ha sufrido un

trauma.

—¡Y mi hijo va a sufrir otro si continúa hablando con ella! ¿No hay sitios especiales para niñas así?

—A ella no le ocurre nada malo, puede integrarse perfectamente con sus compañeros. De hecho, lo que le conviene ahora es estar con otros niños de su edad.

—No con el mío. Se ha acercado a ella porque lo hemos educado muy bien. Nada más. Esa niña no debería estar aquí.

—No creo que... —dice el profesor.

—No importa. Déjelo. Hablaré con la directora.

La mujer sonríe mostrando los dientes. Se marcha del despacho dando un portazo. El profesor se queda allí, sentado, inmóvil, con los ojos cerrados, con los brazos cruzados, hasta que suena el timbre.

—Once puñaladas —dice la directora del colegio—. En el ascensor, delante de su hija. Después se suicidó, claro. Siempre lo hacen.

Los padres escuchan entre murmullos mal disimulados. Caras largas, gestos ostensibles de rechazo. La directora los ha recibido en el salón de actos, una veintena de personas. Padres de compañeros de clase de la niña, integrantes de la asociación de madres y padres de alumnos, incluso la promotora del boicot.

—Yo lo entiendo —dice un padre—. De verdad que lo entiendo. Pero no quiero que mi hija tenga que saber nada de todo esto.

—¿Por qué le permiten decir esas cosas? —dice una madre—. Que las diga en su casa, pero no aquí.

Los profesores deberían prohibir que diga esas cosas.

—¿Qué es lo que no debe decir? —pregunta la directora.

—¡Lo de su madre muerta! Que le mienta a los niños, coño. Que les diga que la atropelló un camión.

Los niños no necesitan saber la verdad. Ni yo tampoco.

Varios de los presentes cruzan miradas, murmuran, asienten. La directora camina entre ellos, se vuelve hacia el escenario, vacío, las luces apagadas. La mayor parte de las butacas del salón de actos también están vacías. Todos se amontonan en las dos primeras filas, atrincherados.